

apoyo oficial, perseguido por las calumnias que acompañan á todos los adeptos de las nuevas ideas, detenido en su camino por los inmensos é improbos trabajos que cuesta crear un nuevo dogma, subyugaba todas las inteligencias, atraía todos los corazones, y guardaba en su seno las esperanzas únicas de renovacion y de progreso que acaricia nuestra envejecida sociedad.

La reina Cristina, que asistiera al nacimiento de una nueva forma social, debió ver en todas estas ideas que cruzaba por su mente una muy triste enseñanza, la enseñanza de que la forma social por ella iniciada, el sistema doctrinario por ella sostenido, estaban heridos de muerte.

Por eso el periódico democrático que á la sazón publicábamos en Madrid, le dirigió el día de su llegada en el invierno de 1864 estas palabras:

«Pero ¡ah! señora, que así se realiza el progreso de la historia. Los hombres que ayer eran grandes esperanzas, mañana apenas son recuerdos. El mundo marcha devorando en su febril actividad, ídolos, coronas, dinastías. Cuando V. M. ha vuelto á Francia, ¿qué ha encontrado de aquella dinastía de Luis Felipe, que dictaba leyes al Mediodía de Europa? Cuando V. M. ha ido á Italia, ¿qué ha encontrado de su propia dinastía? En cambio habrá encontrado por todas partes renovación de ideas, renovacion de instituciones. ¿Qué mucho, pues, que esas leyes misteriosas de la Providencia se cumplan en todas partes? Sentimos nacer, señora, bajo la maldición de aquellos que, como V. M., enjugaron las lágrimas de nuestras madres y abrieron el hogar de la patria á nuestros padres. Pero no tiene remedio. Toda nueva revolucion nace maldecida por la revolucion que la ha precedido. Aceptamos la maldición de V. M.; creemos merecerla y adoramos la Providencia que ha querido que la historia del mundo sea la historia de la libertad.»

La Reina Cristina desde el punto en que

llegó á Madrid, empleó todas las seducciones de su conversacion y todos los medios de su influencia, para persuadir el ánimo de su hija, siempre inclinado al gobierno personal, á que diese alguna esperanza á la libertad y á los liberales. ¡Inútil empeño! Despues de algunos dias de lucha constante entre hija y madre, en que nada valieron ni consejos ni advertencias, ésta se retiró desesperadísima, y penetrada firmemente de la proximidad de inevitable catástrofe. Así pudo decir un periódico democrático que al irse la Reina madre á visitar otra de sus hijas, creo que hácia Astúrias, divisaba desde su wagon los campos cercanos á Madrid cubiertos de nieve, y sobre la nieve, destacándose como sombras, los espesos muros, las altas torres y la gallarda rotonda del Escorial. Y ante este espectáculo ofrecido por la naturaleza y por el arte; ante estos campos que parecían cubiertos por blanco sudario, silenciosos como la muerte, y aquella tumba de tantas grandezas caídas, de tantos antiguos reyes, sin nuestro presentimiento pasó por su corazón, ideas siniestras por su inteligencia, y cubriéndose el rostro con ambas manos exclamó entre sollozos: ¡Oh Escorial! no reposarán, no, en tus marmóreos mausoleos, ni mis huesos ni los huesos de mis hijos!

Quien ejercía entonces influencia preponderante en la corte, era D. Sebastian, el príncipe venido de la emigracion, de su residencia de Nápoles, cuando estaba próximo el destronamiento de aquella dinastía, y consagrado por completo á recibir algunos millones á que llamaba atrasos, y que eran el importe de cuanto hubiera cobrado, si no abandona la causa de Doña Isabel II para abrazar la causa de Carlos V. Pero venido á una monarquía constitucional, no olvidaba su bandera absolutista, intrigando perpetuamente para que las instituciones, vencedoras en los campos de batalla, se desnaturalizasen y se perdiesen por completo en los consejos del gobierno. Esta extraña ingerencia,

este anormalísimo influjo de un general carlista, de príncipe rebelde en el Palacio, donde solo debía albergarse la imagen de la libertad, perdía á cada momento más á la familia reinante, y condensaba sobre su ungida cabeza todas las cóleras del pueblo. Cuando fué jurada heredera del trono la reina Isabel, juróla el infante D. Sebastian. Pero despues se pasó al campo de D. Carlos, y desde allí combatió lo mismo que habia jurado, y puso particular empeño, su espada, sus fuerzas, su nombre, su sangre, toda su autoridad, todo su poder en salvar las instituciones antiguas, los frailes, la amortizacion, el absolutismo, y ceñir una corona á las sienas del príncipe rebelde. Él vino, ¡él! casi á las puertas de palacio cuando las Cortes discutian la Constitucion de 1837, cuando el cólera diez-maba á Madrid, cuando se mecía en la cuna una reina niña, que no tenia para su defensa más que un escudo, el pecho de los liberales. El infante D. Sebastian, segun dijo entonces y repite hoy la historia, se proponia entrar en las Cortes, y ahorcar á los diputados. No pudo cumplir su propósito, porque Dios decretó la victoria á favor de los enemigos de D. Sebastian de Borbon, á nuestro favor, que habíamos visto violados nuestros hogares y perseguidas nuestras familias por las tropas de que era generalísimo el infante.

Fué á Nápoles á pasar los dias de su emigracion. Allí vivió en la corte más absolutista de toda Europa. Allí comió el pan del rey que le decía á Luis Felipe en una carta, que jamás transigiria con el régimen constitucional, por considerarlo funesto para su raza, funesto para su familia. Allí pudo ver los tormentos, pudo oír las quejas de los liberales perseguidos, de aquellos esqueletos errantes, cuyo martirio denunció á Europa atónita la conciencia de Gladstone. Respecto á nosotros, respecto á España ¿qué hacia aquel rey, qué hacia aquella corte donde el infante D. Sebastian se encontraba? Sostener, avivar constantemente, con todos los medios posibles,

la conspiracion carlista. Con sus recursos y con sus escitaciones, venia Cabrera, sí, Cabrera en persona, á incendiar nuestros caseríos, á inmolar á los defensores de la libertad que aun quedaban por nuestras montañas. Allí estuvo el infante D. Sebastian hasta la muerte del rey.

Muerto el rey quedaba en el Trono su hijo, inexperto, desarmado, expuesto á todas las iras de la revolucion, victima inocente destinada á pagar las iniquidades de su padre. Grande ocasion se ofrecia entonces al infante D. Sebastian para pagar los favores recibidos, para sostener á su familia en tan amargo trance, para encerrarse con aquel rey sin corona en la fortaleza de Gaeta, como se habia encerrado en su palacio de Nápoles, y sucumbir con una dinastía, pudiendo decir la frase que los absolutistas de ahora repiten: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni*. Pero no, prefirió venirse entre nosotros. No sabemos lo que trajo, pero sí sabemos que se llevó á su casa los cuadros más bellos de nuestro Museo nacional, la rica encomienda de la orden de San Juan; algun millon del presupuesto, demandando despues á nuestra esquilmada Hacienda treinta millones de atrasos. Decidnos, ¿qué más consiguiera el infante D. Sebastian, de haber triunfado D. Carlos?

Y lo peor del caso estaba en que no eran muy claros los derechos del infante D. Sebastian. El Sr. Olózaga dijo en la tribuna que llamaria siempre al infante D. Sebastian ex-infante, porque fué expulsado del reino por una ley, y solo por una ley podia ser admitido: que no tiene poder un decreto para derogar las leyes. «Sea de esto lo que quiera, exclamaba á la sazón un publicista, recibía el infante D. Sebastian y consuma sus treinta millones. Y será bien que los paguen los héroes de Ceniceró y de Gandesa; los propietarios que vieron sus casas incendiadas por la faccion; las viudas y huérfanos de los que cayeron en Morella, en Ramales, en Madrid; los defensores del trono de Doña Isa-

bel II. Todo esto se merece el generalísimo de los facciosos, el brazo derecho de D. Carlos, y todo esto debe pagarlo nuestra eterna candidez.»

Hablábase mucho en aquellos días de una conversacion habida entre la Reina Isabel y la Reina Cristina. Habia encargado ésta á cierto pintor un cuadro, que evocaba glorioso recuerdo, la revista pasada entre sus dos hijas á la Milicia Nacional, cuando las tropas del Pretendiente asediaban á Madrid mandadas por el Infante D. Sebastian. La escena sucedia en los altos del Retiro, tras la frágil tapia opuesta á la invasion absolutista, entre la arboleda, viéndose á lo lejos, en lontananza, los grupos de los carlistas, entre los cuales caracoleaba airoso ginete el Infante, anhelando cumplir un juramento; el de colgar á los diputados que le despojaron de sus encomiendas, de sus honores y de sus títulos.—¿Te acuerdas, preguntó Cristina á Isabel, te acuerdas de este día?—Me acuerdo mucho, dijo la Reina. Hasta me acuerdo que miré con unos anteojos de teatro y ví que mi tío Don Sebastian montaba un caballo blanco por las cercanías de Vallecas.—¿De veras? volvió á preguntar la Reina Cristina. Pues no sabia que tuvieras tan buena memoria.

El epígrama corrió por todo Madrid y alcanzó gran fortuna, y fué pasto por muchos días de la implacable oposicion que se ensañaba en la corte. ¡Memoria! ¡Cuántos de aquellos milicianos, que temblaban de entusiasmo al aproximarse la régia carretela; que veian en la matrona la imagen y en las tiernas niñas la esperanza de la libertad; que oponian sus pechos como escudo entre el usurpador siniestro y la inocencia; que abandonaban hogar, familia, para pelear y morir por su Reina, héroes y mártires de supersticioso entusiasmo; cuántos de aquellos debian ir más tarde, víctimas de negra ingratitud, en barcos apestados, por los inmensos mares, á merced de la tempestad y de las ondas, á morir en la zona tórrida, de fiebre y de nostalgia, envia-

dos por la misma niña á quien habian defendido y salvado, santa imagen de la libertad en la cuna, Euménide de la reaccion en el trono!

Así es que todo el mundo gritaba: *Delenda est Cartago*. Y esta expresion significaba: abajo la dinastía.

«¡Qué decadencia! Despues de medio siglo de revoluciones, decíamos entonces, la palabra muda, la imprenta rota, la cátedra herida, el derecho de reunion proscrito; y sobre este mundo de la electricidad y del vapor, las sombras del histerismo monástico del siglo décimo-sétimo; y sobre el ruido de las máquinas, sobre el rechinar de la imprenta, los conjuros y los sortilegios de los tiempos del fanatismo, *Delenda est Cartago*.»

«Hemos hecho los mayores esfuerzos para libertarnos de este fanatismo, y nada hemos podido. Hemos vuelto á conquistar la tierra pátria, heredada de nuestros abuelos en la guerra de la Independencia; hemos visto la generacion entera del 23, la generacion de nuestros padres, cuya sangre llevamos en las venas, cuyos dolores llevamos en el alma, la hemos visto, como los hijos de Polonia, proscrita y casi aniquilada; hemos sustentado una guerra civil que salpicó de sangre nuestra cuna; y despues de haber triunfado de tantas luchas, no sabemos qué mala raíz queda al pié del árbol de nuestras libertades, que sus frutos son sabrosos para los realistas vencidos, y de muerte para los liberales vencedores. *Delenda est Cartago*.»

«Levantamos la libertad y la pátria en 1812, y nuestros enemigos nos dieron por libertad una cadena, por pátria un calabozo. Volvimos en 1820 á triunfar, y nuestros eternos enemigos entregaron la Constitucion á los franceses, y sus salvadores al verdugo. Tornamos con otro esfuerzo en 1836, y nuestros eternos enemigos nos espulsaron nuevamente, riéndose de las leyes que habian jurado. Vencimos por la revolucion en 1840, y fuimos ven-

cidos por la intriga en 1843. De nuevo triunfamos en 1854, y de nuevo fuimos sacrificados en 1856. Y si nuevamente consintiéramos un 1814, un 1823, un 1843, un 1856, bien podia decirse que el partido liberal en España tenia ménos instinto de conservacion que el infusorio ó el zófito, y que era una raza de suicidas. *Delenda est Cartago*.»

«Entre nosotros y Europa media un abismo. La nacion que llevó al aterido seno de la Edad Media el calor de la ciencia oriental, tiene por toda ciencia las cenizas del neocatolicismo; la nacion que interpuso su pecho entre las hordas del desierto y la civilizacion europea, está hoy fuera del coro, lejos de la legion sagrada de los pueblos libres; la nacion que descubrió el Nuevo Mundo; ha reconocido el bárbaro imperio galo-tudesco que profana el Nuevo Mundo; la nacion que protestó contra el desmembramiento de Polonia, y dió su código al Piamonte y á las Dos Sicilias, y despertó el sentimiento de la independencia en el seno de Grecia, esta nacion que bien puede llamarse de mártires de la libertad, parece hoy una nacion de esclavos del neo-catolicismo. *Delenda est Cartago*.»

«No es posible aquí la imprenta libre; no es posible la tribuna libre; no es posible el derecho de reunion libre; no es posible ninguna, absolutamente ninguna de esas libertades, que son la honra de los pueblos modernos, que son el alma de la civilizacion, que son el resultado primero del progreso. *Delenda est Cartago*.»

«Cuando consideramos estas cosas; cuando vemos las camarillas que influyen, la política que nos envilece, los comicios que se usan, la corrupcion electoral que crece, las bandas de apóstatas que se lanzan sobre el país como los cuervos sobre el cadáver; los conventos convertidos en asamblea, y las asambleas convertidas en conventos; cuando vemos todo esto, las alas del corazon se caen; y si fuera estrella nuestra que hubiese de durar mucho tiempo, bien podiamos abandonar,

no solamente los comicios, no solamente la prensa, sino tambien la pátria, esta tierra que guarda los huesos de nuestros padres, la pátria, para ir á buscar, como los puritanos de Inglaterra, en cualquier rincón del mundo, otra tierra donde pudiéramos recibir el único rayo de sol que llega hasta las profundidades del espíritu; el rayo del sol de la libertad.

*Delenda, delenda est Cartago.*»

Uno de los asuntos que más escandalizaban á la opinion, era el influjo de cierta monja célebre en los consejos de la política y en los salones de palacio. Esta mujer extraña, de cualidades excepcionales, de alguna belleza, de magia en el decir, de rara habilidad en las intrigas, fascinadora y supersticiosa, capaz de resucitar los sueños histéricos del claustro y las alucinaciones del misticismo; pretendia con descaro que se maceraba con vigor, y que Dios, en premio á sus virtudes, á sus maceraciones, á su penitencia, le habia estampado las llagas en su cuerpo, las mismas cinco llagas que destilaron la sangre divina de la redencion, desde las cimas augustas del Calvario.

En el mundo de la Edad Media, cargado el aire con los aromas del misticismo, empapadas las conciencias de ideas religiosas, vivas por todas partes y lucientes las señales augustas del milagro, verificado por el poder de lo sobrenatural y sucedido en el inmenso espacio de una fe sin límites, podia y debia extraordinario jóven, orador elocuentísimo, que llegaba con la espada invisible de su palabra á penetrar en los mas empedernidos corazones; poeta tierno y dulce que oia el diálogo del astro con el astro, del rocío con la flor, del ave con su nido, y lo trasformaba en coro de oraciones á Dios; místico soñador y extático, para quien las cosas creadas se transparentaban al contacto de la luz increada; podia muy bien despues de haber dicho adios al mundo y sus placeres, despues de haber sacrificado una gran riqueza, despues de haberse recluido en triste apartamen-

to, sentir por la contemplacion extática, por las visiones magnéticas, y hasta experimentar que las cinco llagas de Cristo se estampaban en su cuerpo mortal, y le apunciaban como hondas heridas del alma saliendo á la superficie de su sér, que llegaba la hora de fundar aquella gran democracia cristiana, menospreciadora de las gerarquías y de la fuerza en medio del feudalismo, y que debía traer así á la sociedad como á la religion luz de nuevas ideas, sávia de consoladoras esperanzas.

Pero una mujer de mundo, experta en cosas terrenales, ducha en cortesanas intrigas, jefe de partidos políticos, sintiendo en el claustro ruinoso del siglo décimo-nono, claustro carcomido por la duda y calcinado por la revolucion fenómenos místicos, solo posibles, como el mito religioso, como la historia poética, allá en los tiempos de la fe, era cosa bien singular y extraña, más propia de la jurisdiccion de los tribunales, que de la jurisdiccion de los críticos. Y sobre todo, las cinco llagas se estampaban en sus miembros cuando la guerra civil ardía en los campos, no como resultado de la congoja, de la angustia que debía asaltar á un alma mística, al escuchar el rumor de las batallas, el crujido de los incendios, el resuello de los combatientes, el estertor de los moribundos; las cinco llagas se estampaban en su cuerpo, como si fuera su cuerpo papel de prensa carlista, para anunciar al mundo que Isabel II ni hija era de Fernando VII, y que el derecho divino estaba por ende vinculado en la persona y en la autoridad de D. Carlos. Estas profecías dichas con escándalo general allá en 1839 excitaron la curiosidad pública, y por consecuencia trajeron la intervencion del gobierno y de los tribunales, que rodearon el convento, pusieron mano sobre la monja y encerrándola con centinelas de vista, concluyeron y curaron unas llagas que pasaban entre el vulgo, por dichos de la propia monja, como indelebles, como incurables, y la condenaron en senten-

cia firme, estigmatizándola con los nombres de falsaria y embaucadora, los cuales pasaron del fallo de los magistrados á todas las conciencias y por consiguiente á todos los labios.

¡Quién habia de creer que monja milagrera de tal calaña, fautora de escándalos atentatorios, no ya al derecho, sino al honor de doña Isabel II y de su extirpe, tuviera tanto y tan extraordinario predicamento en el ánimo de doña Isabel II y de su extirpe! Lo cierto es que su convento de San Pascual parecia el palacio; que á sus procesiones iban los ministros, con el cirio en la mano, con el exceptismo en el alma; que su clausura se rompía diariamente para trasladarse de las austeras celdas á las cámaras reales; que sus parientes y amigos aparecian como privados y validos; que en cada uno de los deliciosos sitios donde los reyes pasaban las estaciones varias, surgian costosos monasterios y conventos llenos de novicias y monjas; porque Sor Patrocinio no se contentaba con ser la elegida del favor divino que le estampaba llagas y hacia en ella otros milagros como en San Francisco de Asis, sino que aspiraba tambien, como Santa Teresa, á fundar en nuestro siglo comunidades ascéticas y nuevas religiones monásticas.

Así un célebre periodista conservador, el Sr. Lorenzana, de rica erudicion y gallardo estilo, brillante é intencionado al mismo tiempo, trazaba fatídicos renglones, que herian á la reina en el corazon y anunciaban su destronamiento. Para el eminente escritor puede el místico llegar por exaltacion, por ayunos, por penitencias, á éxtasis místicos, á visiones beatíficas, á un estado de magnetismo, de somnambulismo en que hasta fisiológicamente alcanza á experimentar sobre su cuerpo las señales del estado candente de su alma.

«En esta situacion toma la cruz con Jesucristo, sube al Calvario con Jesucristo, es sacrificada con Jesucristo, recibe la lanzada en el costado con Jesucristo, padece, en una palabra, con Jesucristo. Los trasportes del alma

no tardan en invadir el cuerpo, y en virtud de una ley misteriosa de la fisiología trascendente, ó si se quiere sobrenatural, los estigmas espirituales se reproducen alguna vez exteriormente y llegan á manifestarse bajo formas sensibles. Tales son sobre el particular nuestras ideas, que emitimos á riesgo de incurrir en el sarcástico desagrado de los espíritus fuertes de la prensa, y de que se nos atribuyan puntas y ribetes de neo-catolicismo.»

«Mas hé aquí que entre nosotros se declara un caso de estigmatizacion cuya celebridad viene en *crescendo* desde 1835. No necesitamos describir puntualmente ni individualizar este *caso*, porque basta aludirle para que sea de todos conocido. Este *caso*, lejos de edificar, escandaliza; lejos de consolar, aflige; lejos de regocijar, entristece. Con motivo de este *caso*, unos se rien, otros se lamentan, éstos insultan, aquellos compadecen, algunos lo explotan, no pocos le consideran como un plagio diabólico, y nadie, absolutamente nadie, le concede un origen divinamente místico. Entre este *caso* y los siniestros que con tanta frecuencia conmueven hondamente los cimientos del edificio político, media, segun el comun sentir del vulgo, un lazo indisoluble y pavoroso. Si los ministerios se forman, se modifican, se disuelven ó se levantan, resucitando al cuarto dia de entre los muertos, de una manera insólita y chocante, tiene el *caso* la culpa, dice el vulgo.»

«Si el sistema representativo se ha visto alguna vez sériamente amenazado en su esencia, el *caso* es responsable, repite el vulgo. Si el poder ejecutivo, usurpando la jurisdiccion de los tribunales de justicia, acusa desde las columnas del diario oficial á la prensa periódica de mancharse con la perpetracion de crímenes gravísimos, es que el *caso* lo exige, vuelve á insistir el vulgo. Los gobiernos más fuertes (y continúa el vulgo) han tenido que rendirse ó transigir con el *caso* en cuestion, ó tolerar con una indignacion mal reprimida

su funesta influencia. Si alguno ha querido aislarle ó alejarle, ha sucumbido en la demanda, y hasta la córte romana, con todo su poder y autoridad, ha tenido que llevar en paciencia que el *caso* desobedezca sus mandatos. Este *caso de estigmatizacion*, concluye el vulgo, es, pues, un verdadero *estigma*, y no santo y glorioso ciertamente, que lleva impreso sobre su noble faz el longánimo pueblo español; ¿qué pudo haber, qué hay en el oscuro fondo de este caso?»

«¡GRANDES MISTERIOS!»

«Pero misterios que los profanos no podemos descifrar, porque no hay llave alguna que abra las puertas del santuario en que se celebran, como no sea la llave tan renombrada de oro de la invencion y fábrica del sencillito, virtuoso y verdaderamente apostólico varon padre Claret y Clará, llave que tan extraña celebridad ha granjeado á este curioso é interesante personaje. Pero misterios de una trascendencia funestísima en el porvenir de los principios fundamentales de nuestra sociedad política, si pronto, pronto, no se aplica el remedio que el mal está imperiosamente reclamando. *Et nunc intelligite*. Si; ténganlo entendido todos aquellos, todos sin excepcion, á quienes interese. Si el cataclismo sobreviene, si la revolucion estalla, si llega ese verdadero *dies ira* de los pueblos en delirio, entonces, á la luz de los siniestros resplandores que despida, se leerán y comprenderán esos y otros misterios. Entonces las llamas del *incendio* consumirán todas las impurezas de la inmensa orgía política á que el país viene asistiendo estupefacto. Entonces, como el dia del juicio final, nada quedará oculto y sin venganza; entonces

*quidquid latet apparebit  
nihil inultum remanebit.*»

Eran estos maravillosos artículos eco de los discursos pronunciados por el gran orador D. Salustiano de Olózaga en el Parlamento español. Pocos hombres han nacido en el mundo con las cualidades de inteligencia y de